

Federico, quiero verte

“... ver correr lleno de lumbre lo que está quieto y quieto años enteros”

Rosana Sosa

La protagonista es una mujer adulta: Bernarda Alba, que, sola en el escenario dirá su monólogo, que es su confesión. Después de rápido racconto de su existencia, se desdoblará en Frasquita Alba, personaje femenino real en el que se inspiró Lorca para la realización de su personaje ficticio.

(La acción se desarrollará en el patio de la casa. Hacia delante se proyectan los gruesos muros blancos de la casa que delimitan el espacio escénico. Luz apagada, unos segundos de silencio absoluto, se escucha apenas un cante jondo que sube hasta que prenden las luces. Cuando esto ocurre, el personaje ya está en escena -de espalda-. Nítidas, aparecen una tela lisa y oscura y una luz blanca enorme que simula una gigante luna plateada. En una escenografía despojada, se incluirá un reloj, grande, de péndulo que marcará las cinco. Frente a esa luz, dirá el monólogo la protagonista. A un costado, se ven un par de botas de hombre, de caza y un sombrero. Al culminar la música gitana, se oirán doblar las campanas. Bernarda girará y se adelantará quedando de frente al público; lentamente quitará la mantilla negra que cubre su rostro)

Bernarda- (vestida de negro y con un bastón que agitará enérgicamente en parte de su monólogo. Su vestido estará atado con un cordón negro en el que estará la manivela de dar cuerda al reloj y la llave de la casa -grandes-. El bastón: un palo, simboliza el poder y el mando)

¡Silencio! ... Sí, aquí estoy, sola, en el patio trasero, bajo esta luna de plata crecida y enorme, aun salpicada por la sangre de Federico. Soy Bernarda. La viuda Bernarda, la mayor de las Alba. Aquí vivo, en Asquerosa, que un día

de

1592 la llamaron Valderrubio: valle del tabaco rubio a 22km. de la capital.

Vivo en este pueblo llano (tono despectivo), recostado a las últimas estribaciones de Paparanda. Tierra de contrastes, una parte en el secano, la nuestra, y la otra al borde de la rica vega granadina. En esta asquerosa tierra seca, sin ríos, sin agua, “tierra de pozos”, poca agua, pocos hombres y este calor ... este calor que desde la tierra sube por nuestros cuerpos ... y esta sed. (Bernarda se abanica con el gesto de su mano) Hoy, hasta el abanico debe ser negro ... ¡Maldito pueblo sin ríos! Quiero ser la viuda Bernarda

Alba,

quiero encarnar en este cuerpo la tradición de la que se han olvidado. ¡Que saben estos de honra! , ¡de tradición! , ¡de decencia! Por suerte los anchos muros de esta casa, que es mi imperio, nos separa de ellos: los hombres, que son todos. En mi reino mando, solo mi voz se alza. No necesito de ningún hombre, ni siquiera de mi segundo marido Antonio María Benavídez, a quien sin amar respetaba. Antonio se esmeraba bajo las sábanas pero solo le dí cuatro hijas mujeres. Yo también me esmeraba y a veces temblé como vara verde en el esfuerzo y en el deleite, olvidándome que todo era por concebir un varón, intuyendo ya el fin de nuestro linaje. La dureza de la tierra nos hace duros. Por eso, hoy sola me basto para velar por la decencia de mis hijas. En mil millas a la redonda, no hay hombre que las merezca, ¡ni falta que les hace! Me faltaba el poder que da hombría, y apenas me avisaron mi viudez, con mis manos corté una gruesa rama de olivo: es dura su madera. Y allí coloqué la hombría, en ese palo, para con él en alto, mostrar que las hembras también podemos ... ¡Qué ninguna en este pueblo ha hecho esto? ... Eso es cosa de ellas, no mía. No me importa ni lo que dicen ni lo que hacen.

(Voz en “off”) - **“¡Ni una gota de poesía! ¡Realidad! ¡Realismo!”**

Algunos hombres y cientos de mujeres fueron al duelo. Sin las criadas, por supuesto ... Los pobres son hechos de otras sustancias. Dicen que sienten pena ... pero (suave risa y gesto cínico) ... la olvidan frente a un plato de garbanzos. Mandé hacer limonada para agasajar a los hombres. Que tomen

y se vayan. Por donde entraron. ¡Que no quiero verlos! Por lo bajo, pero para que se escuchara, decían que no me podía quejar ¡vino todo el pueblo! ¿Qué no me voy a quejar? Si vinieron a llenar mi casa del sudor y del veneno de sus lenguas: ¡mala! ¡lengua de cuchillo! ¡vieja lagarta retorcida! ¡sarmentosa por calentura de varón! Y a husmear ... a husmear que es lo que mejor hacen, revolver las miserias ajenas. El sol comenzó a caer como

plomo

¡busquen abanicos! (pausa en que Bernarda mira para el costado como observando el abanico que alguien le alcanza. Las próximas palabras las dice llena de ira.) ¿Pero no se dan cuenta que hasta el abanico debe ser negro? ... porque negro es el color del luto, de la muerte y también de la pena (la última mención es diferente). Cuando las mujeres de la casa quedamos solas, levanté mi trono (acompaña la palabra con la elevación de su brazo) y decreté a mi imperio de nueve mujeres: **ocho años de luto**. Se cerrarán las cortinas y las ventanas y las puertas; ¡ni el viento entrará en la casa! Vestiremos ropas sueltas sujetadas con un cordón. No quiero que los pliegues de nuestros vestidos marquen ni una sola forma de nuestro cuerpo. No puedo impedir que escuchen las campanadas de la iglesia. Pero solo sabrán del tiempo por el retazo de cielo que se ve desde el patio. Las mujeres que se creen decentes, en la iglesia, deben mirar solo al cura, solo al cura y a éste porque tiene faldas. Pienso ... ¡la decencia ...! La ropa de Antonio quedará colgada de sus perchas cinco días para recordarles, si se olvidan, el motivo del duelo. La Poncia dijo “algunas cosas las podíamos dar” (remeda el tono) Nada, ¡ni un botón! Ni el pañuelo con que le hemos tapado la cara. Su ropa se guardará en el arcón grande, que se colocará en el arcón grande, que se colocará en mi cuarto. A mí el arcón va a recordarme que sin amor supe vibrar como pichón de vara verde bajo las sábanas cuando él lo decidía. Pocas veces, pero únicas. Y recordaré también cuando escondiéndose tras la puerta del corral, desempolvaba las enaguas de la criada ... ¡una criada! ... Así seguiré alimentando mi ira.

(Voz en “off”) - “¡Ni una gota de poesía! ¡Realidad! ¡Realismo!”

Cinco hijas, ninguna ha tenido novio, ni lo precisa. Sin hombre y sin fruto. Los hombres de aquí no son de su clase. **Angustias**, angustia de saberse vieja, jorobada y enfermiza. Angustia de ver en su cara y en su cuerpo cómo pasa el tiempo, cómo se seca su vientre negándole las crías. La más vieja, pero la única con dote. Su padre no era Antonio, sino mi primer marido, de ahí sus dineros. Pepe pidió para cortejarla ¡no por ella!, por su dinero. Capaz que lo sabía, pero no le importaba; era su único camino para escapar de la casa que convertí en tumba, de esos ajuares que yo quería que bordaran, que eran como sus mortajas, y de apagar sus calores climáticos o menopáusicos.

Martirio: deforme en cuerpo y alma. Fijándose que Adelaida no vino al duelo, “porque me tiene miedo” (imita voz de la hija), dice; se sus orígenes, no tan santos y sin vuelta, se los digo. Mi hija dice que las cosas se repiten, que todo es una terrible repetición (enérgicos gestos circulares con sus manos). Y siente dolor por Adelaida, cree que tiene el mismo sino de su madre y de su abuela, mujeres las dos del que las engendró. ¡Qué cosa más grande! No hará su ajuar porque desde niña le tiene miedo a los hombres. Dice: Dios me ha hecho débil y fea y, por suerte, los ha apartado definitivamente de mí. A ellos les importa la tierra, las yuntas y una perra sumisa que les dé de comer. Se le desabrocharon los cordones ... y no se los ata ¡qué más da! ¡una menos! (las dos exclamaciones se realizan imitando una voz joven mientras se encoge de hombros). La **Magdalena** se desmayó en el primer responso. ¡Que digan que fue la que más quiso al padre! La que queda más sola. Para llorar está siempre pronta. A ella no le enseñé lo que era obedecer y tampoco tiene carácter. Cuando le ordené bordar las veinte piezas de hilo para los ajuares, con el desgano que la caracterizaba, me contestó: ni las mías ni las de ellas. Bordar las horas matando el tiempo. Prefiero cargar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura. ¡Malditas sean las mujeres! Y no le importó que mi voz de trueno gritara: hilo y aguja para las hembras; látigo y mula para el varón.

**Amelia - ¡Qué haré yo sobre estos campos
cogiendo nidos y ramas,
rodeada de la aurora
y llena de noche el alma!
Hoy mi pecho está reseco
como una estrella apagada.**

Adela, la más joven, la más desvergonzada, la que no soportó la castidad forzada, la que dejó que el calor de la tierra subiera por su cuerpo y se anidara como una lagartija entre sus senos. La que probó el sabor de la boca de Pepe el Romano y gritó: “¡que me pongan la corona de espinas y me apunten, quemándome con sus dedos de lumbre! ¿Qué se creyó? ¿Que era la María Magdalena? En este pueblo nadie eleva la voz, y menos para decir: “el que esté libre de pecado que arroje la primera piedra”.

**Mi cuerpo será de quien yo quiera.
Sucia de besos y arena.
Vivir como estrella fugaz
intensamente.
Saltaría por encima de mi madre
para apagarme este fuego que tengo
levantado por piernas y boca.
Pongan mil bengalas amarillas
para alertar al pueblo:
sucede lo que tiene que suceder.
Miro sus ojos y parece
que bebo su sangre lentamente.
¡Qué ajuar ni ajuar!
Ven Pepe: no con mis manos,
con mis besos**

bordaré tu cuerpo parte a parte.

Pensó en los juncos y en el río y se sacó sus cuatro corpiños. Pepe la depositó sobre la tierra seca y con sus diez cuchillos rasgó las enaguas. Lejos quedó la casa de muros gruesos y cabalgaron, esa noche, el mejor de los caminos.

Adela era la potra de nácar pero Pepe no era ni gitano, ni legítimo. Adela era mozuela y le entregó su preciada dote. Pepe quería eso ... y la plata. La virginidad de Angustias era deslucida, **ni potra ni de nácar** y todavía fea.

¡Silencio! Mi casa tiene oídos, ¡los míos! Que son los de **La Poncia**. Para eso

le

pago, para que me sirva. En el fondo me odia. Ella dice que tiene mi escuela. Por eso, cada cinco años, dice algo inteligente. Hace cinco días la oí decir a mis hijas un hermoso sermón: **“el hombre a los quince días de la boda deja la cama por la mesa y luego la mesa por la tabernilla, y la que no se**

conforma, se pudre llorando en un rincón”. Una sola mujer mala en

nuestro

pueblo ¡por supuesto que no era de acá! Una noche ataron su marido a un pesebre, y a ella se la llevaron a lo alto del olivar. Dicen que iba con los pechos de afuera y que Maximiliano la llevaba cogida como si tocara la guitarra. ¡Qué horror! Y ella ¡tan conforme! Volvieron cuando el sol se imponía. Paca la Roseta traía el pelo suelto y una corona de flores en la cabeza. Todos hablaban. Mis hijas la envidiaban. Y los hombres del pueblo se chupaban los dedos de solo imaginarse la noche en el olivar. Me olvidaba de **Prudencia**; nada aportaba en este nido de culebras, sólo el significado de su nombre que, cuatro o cinco veces al día, cuando la llamábamos, sonaba a recato, orden, prudencia ... Prudencia (grita, llamándola). Cada mujer una tormenta, Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita. ¡Silencio! (con su mano hace una cruz en el aire, mirando hacia el cielo).

(Se escucha bajo un cante jondo, las luces bajan; la protagonista de espalda, se aligera de ropa, se suelta el pelo. Una tela lisa y blanca y la misma luz, pero azul. Frente a ella hablará, pero con un aspecto diferente, como rejuvenecida, espiritual, dulcificada, más etérea. Vestida de negro, pero con ropa más liviana y sin bastón)

-Soy Frasquita Alba, carne, huesos y vida en los que se inspiró Federico.

¡Federico me conoció, Federico no me conoció! Él quería que su personaje se llamara Frasquita Alba, como yo, y su madre doña Vicenta Lorca no se lo permitió ¿Por qué Vicenta? Hoy todos sabrían que la poesía es parida por la vida. ¡Federico me conoció, Federico no me conoció! ¿Por qué me habrá hecho tener cinco hijas si él bien sabía que eran cuatro? Posiblemente quería dibujar otra forma de ser femenina y necesitaba la quinta hija. Yo lo inspiré.

Pero ¿cuál es el límite entre la verdad y la fantasía? ¿entre Bernarda y

Frasquita? Vivía con mis hijas, mis criadas y mi segundo marido en la calle

Ancha,

frente a una casa de los Lorca. A Vicente no lo amaba pero lo respetaba; por eso cuando murió, paralicé el tiempo y el espacio pero no pude paralizar la vida. Tomé su lugar en la familia; eso era lo correcto. El luto no lo impuse sólo a ellas; yo lo llevaba debajo de lo negro de mis ropas. Arranqué los almanaques de mi casa, me até a la cintura la manivela de dar cuerda el reloj ... y cerré las cortinas. Ése iba a ser nuestro luto: paralizaríamos el tiempo por ocho años. No quise saber más del mundo, ni siquiera de España. Mi patria era mi casa. Del patio escuchaba sin oír de guerra, de Franco, de anarquistas, de fusilamientos, de muerte y muerte ... de penas negras. Pero esos temas estaban fuera de mi luto. Ejercí mi autoridad hasta el final, pero el tiempo corrió junto con la vida.

Y

mi poder no pudo apagar el fuego de esos cuerpos sedientos que Pepe el Romano encendió. Su nombre era Pepe de la Romadilla, el más guapo de Asquerosa, 25 años, fornido, paso firma, ojos penetrantes, voz envolvente. A su paso se batían las espadas de los lirios. Los gruesos muros de mi casa encerraron la indecencia; ¡castigué! Porque desafiaron la autoridad. Pero le

grité al maldito pueblo: **mi hija murió virgen, la hija de Frasquita o de Bernarda murió virgen.**

(Lentamente, Frasquita toma la manivela del reloj, le da cuerda y mueve su péndulo para que empiece a andar, y mirando al público, habla, primero suave, como reflexionando consigo misma y después, mirando fijamente al público, revela con mucha potencia la verdad)

Ha pasado más de medio siglo y hoy puedo gritarle a ustedes: mi hija Adela era la vida, la pasión y en su búsqueda, derribó todas las barreras. **¡Ella no murió virgen!**

**“Viva moneda
que nunca se volverá a repetir”**

¡Federico me conoció, Federico no me conoció! La casa éramos nosotras y sus muros nos protegían de ese ambiente que fue enrareciéndose y mi autoridad temblaba cuando escuchaba cosas que me llegaban del afuera. Nunca me gustaron los gitanos pero a Federico sí; por eso les cantó. No recuerdo bien, pero escuché:

**Cuarenta guardias civiles
avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
El cielo se les antoja
una vitrina de espuelas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.**

**Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.
Un vuelo de gritos largos
por las calles de penumbra.
Huyen las gitanas viejas
con los caballos dormidos
y las orzas de monedas.
Por las calles empinadas
suben las capas siniestras,
dejando detrás fugaces
remolinos de tijeras.
En el portal de Belén
los gitanos se congregan.
San José, lleno de heridas,
amortaja a una doncella.
Tercos fusiles agudos
por toda la noche suenan.
La virgen cura a los niños
con salvilla de estrella.
Pero la Guardia Civil
avanza sembrando hogueras,
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.
Rosa la de los Camborios
gime sentada en su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corrían
perseguidas por sus trenzas.
En el aire estallan
rosas de pólvora negra.**

**¡Oh, ciudad de los gitanos!
La Guardia Civil se aleja
por un túnel de silencio
mientras las llamas te cercan.
¡Oh, ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?**

Y aquí andamos ... renaciendo a veces en estos azules, desafiando tiempo y espacio. La Guerra Civil se lo llevó a Federico primero, a mí (pausa) después la muerte, y renacimos por primera vez en un escenario cuando Margarita Xirgú estrenó la obra el 8 de marzo de 1945 en el Teatro Avenida, de Buenos Aires. En su tierra no se podía, porque los falangistas veían republicanas hasta las ovejas de don Lope, que después de todo no eran un rebaño.

(Voz en “off”) - **“¡Ni una gota de poesía! ¡Realidad! ¡Realismo!”**

Se decía por lo bajo, casi como un susurro que el tiempo agigantó, que la noche del 18 de agosto, fumando tabaco rubio (que compraba en el extranjero porque no le gustaba el tabaco español) animaba a sus compañeros, también condenados. Esa fue su última noche: caminando y hablando en esa celda. En la siguiente madrugada, la del 19, en Viznar, en las afueras de Granada, lo asesinaron. ¡No! ¡No, no quiero imaginarla! ... El niño que conocí, el poeta que dicen, no murió solo: tres lo acompañaban. ¿Por qué me preguntaba y todavía me preguntó? No les gustaba la falta de pudor en sus versos, la verdad que rezaban sus obras, ese mundo femenino que se mostraba a la España de las tradiciones, sus amistades, su independencia de pensamiento, sus debilidades que no escondía. ¡Fue por raro! ¡Federico el raro me conoció, Federico el raro no me conoció! ... Sigo pensando, mirándome en la lejanía, aunque nadie me ve. Las puertas de mi casa fueron tapiadas por una cruz de madera, para que

no se repita la historia, para que no se conozca la soledad de Frasquita, el luto que mantuvo hasta el final de sus días. Mi casa se abrió cuando el Municipio la compró en 180.000 euros a los que quedaban de los Alba, para anexarla al museo de Federico y quedamos juntos, casi en un mismo espacio físico, parte de su vida y la mía entera. Para Federico fui su inspiración ... pero él no fue justo conmigo. No supo ver debajo de mis ropas ni debajo de la fortaleza de mi palabra. Bastaría haberme preguntado y yo hubiera desnudado mis sentimientos, le hubiera dicho lo difícil que es ser mujer, lo difícil que es ser madre, cuando hasta las tradiciones fueron impuestas por los hombres. Lo negro de mis ropas fue solo el dolor de mi alma que me traspasó la piel y se hizo tela. Mi casa fue mi imperio, pero también mi cárcel, donde sola traté de redimirme de mis culpas, de mis pecados. Las cancioncillas infantiles que entonaba mi madre loca fueron el remanso adonde deseaba volver para renacer como una mujer diferente. Y esas canciones también despertaron cosas en mis hijas. Han dicho que la suya era una locura erótica, por eso la encerramos. Federico me construyó con lo que veía, y con lo que oía desde aquel pozo seco, que no era yo, triste sombra de una Frasquita que quiso imponerse y no pudo. ¡Federico el raro me conoció. Federico el raro no me conoció! Aún queda la fuente que sigue llorando a borbotones la vileza de esa muerte ... y también los viejos olivares. Únicos testigos vivos de la infamia.

**Ay, fuente de las lágrimas,
ay, campos de Alcafar, tierras de Víznar.**

.....
**No le digáis al alba vuestro luto,
no le quebréis al día su esperanza
de nardo y verde sombra;
pero en la noche aguda,
sesgada por la noche de los vientos
que no olvidan, llorad, llorad conmigo.
Llora tú, fuente grande,**

ay fuente de las lágrimas.

.....

(Voz en “off”) – “**¡Ni una gota de poesía! ¡Realidad! ¡Realismo!**

(Bajan lentamente las luces. Silencio. Ruido de metralletas que se intensifica. Se escucha a la vez el redoble de campanas. Lejanos ladridos de perros. El personaje se aleja del redondel de luz y lo mira -con las luces se salpica el gigantesco redondel-. El personaje denota en su rostro asombro y dolor. Con fuerza extiende sus manos como queriendo alcanzar la luna; suena la última ráfaga de metralleta y el personaje en la semi-penumbra cae, abatido por no lograr salvar a Federico, y mira al público como cuestionando su estatismo)

**pero que sepan que no he muerto,
que hay un establo de oro en mis labios;
que soy el pequeño amigo del viento Oeste;
que soy la sombra inmensa de mis lágrimas.**

¡Federico el raro me conoció. Federico el raro no me conoció!

(Apagón final con Frascuita -inmóvil- en el suelo. Su existencia simula esfumarse junto a la puesta en escena)